

LA REINA DE CRISTAL-III



ANA ALONSO Y
JAVIER PELEGRÍN

LA REINA DE
CRISTAL-III

LA REINA DE
CRISTAL-III

ANA ALONSO Y
JAVIER PELEGRÍN

edebé

© Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2014
Agencia Literaria Sandra Bruna

© de esta edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62 (08017 Barcelona)
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Diseño de la colección: BOOK&LOOK

Primera edición: septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1276-7
Depósito Legal: B. 11.147-2014
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CAPÍTULO I

«Majestad». Esa es la forma en la que todos se dirigen a mí desde que Ode me trajo a Asura para ocupar el trono de los decios. Ni siquiera él me llama por mi nombre. Hace tantas semanas que no lo oigo que a veces tengo que repetírmelo mentalmente para no olvidarme de quién soy.

Kira, me llamo Kira... y soy la reina de un pueblo que me odia.

Supongo que tienen sus razones. Yo desperté el poder dormido de sus fuentes sagradas, y las fuentes despertaron a los malditos, que vivían como sonámbulos entre el resto de los decios, despreciados por todos e incapaces de comprender los dones que los hacían diferentes. Pero eso ha cambiado; yo lo he cambiado. Ahora, los malditos han recuperado el control de sus dones, y los están utilizando para vengarse de sus compatriotas. Sus continuos ataques a ciudades y aldeas han sembrado el caos por todo el país.

Nada de esto habría sucedido si Edan no me hubiese traído a Decia. Él nunca imaginó que el despertar de las fuentes pudiese acarrear consecuencias tan graves para el reino. Solo

pensaba en la riqueza que las aguas traerían, en los desiertos convertidos en vergeles, en una nueva época de prosperidad para todos. Se equivocó... Pero ya no tiene remedio.

Ahora, hasta Edan me odia. Él y sus hombres se han refugiado en las montañas del norte, y corren rumores de que planean un asalto a la capital. Su hermana Moira le apoya. Ambos creen que yo debería abdicar y renunciar al trono. Soy una extranjera, nadie me quiere aquí. Me consideran una usurpadora.

Sin embargo, no lo soy. Soy la viuda del rey Kadar. No me plegué a sus deseos cuando él vivía, pero no pienso fallarle ahora. Él dejó muy claro en su testamento que, en caso de que algo le ocurriera, yo debía convertirme en su sucesora. Nadie aquí parece comprender sus razones; a veces ni yo misma las comprendo. Otras veces llego a entrever lo que Kadar quería para Decia. Él creía en mí; creía en mi poder para curar las heridas que dividen a los decios. Pensaba que, si alguien podía conseguirlo, era yo. Y aunque solo sea por esa fe que puso en mí, yo quiero intentarlo. Voy a intentarlo contra viento y marea.

Soy consciente de que no puedo lograrlo sola. Para cambiar el rumbo de este país necesito aliados, aliados decios. Los estoy buscando... No quiero precipitarme. Sé que los cortesanos que me rodean son hipócritas. Me ponen buena cara, me sonrían y me hacen reverencias. Sin embargo, interiormente muchos desearían verme muerta. Aun así, necesito elegir a algunos de ellos para que me ayuden y conseguir la paz. Y para eso, lo primero que tengo que hacer es ganármelos.

Al principio pensé en utilizar mi don para impresionarlos, quizá también para lograr que me temiesen. Luego, reflexionando, me di cuenta de que ese no era el mejor camino para ganarme su confianza. No necesito recordarles lo diferente que soy de ellos, lo extraños que son mis dones. Eso ya lo saben... Lo que deben comprender es que, a pesar de ser una hidria que llegó a este país como rehén, ahora formo parte de él. Tienen

que verme como a una reina decia, porque eso es lo que soy. Hydra es solo pasado para mí. En mi aldea, de niña, nunca fui feliz. Después, en Argasi, me sentí siempre como una prisionera. No tengo nada en Hydra que me haga soñar con volver. Mi familia me cree muerta. Renunciaron a mí hace mucho... y yo a ellos.

En Hydra solo me querían para usarme como un arma. Aquí, en cambio, es mucho lo que puedo hacer para mejorar la vida de la gente. Todavía no he despertado el poder de todas las fuentes sagradas. Cuando las ocho fuentes vuelvan a manar, Decia recuperará el esplendor de hace siglos.

Y para eso, antes debo resolver el conflicto con los malditos. No va a resultar fácil.

Sin embargo, hoy, después de muchas semanas de búsqueda, creo que he encontrado la solución que necesito.

Tal y como esperaba, la he hallado en la biblioteca de palacio. Cada día me refugio en ella durante la mayor parte de la mañana para estudiar viejos manuscritos del archivo de la corona. El archivero real, Sir Waldo de Larmor, me escolta cada día mientras yo rebusco en cofres, estanterías y armarios, a la caza de algún códice o pergamino que pueda ayudarme a comprender mejor la historia de Decia.

Son muchos los documentos que he leído ya. En uno de ellos descubrí, por ejemplo, que las antiguas reinas decias siempre vestían ropas de color verde mar, como símbolo del respeto de los decios a las aguas sagradas. Decidí entonces adoptar esa costumbre y encargué varios vestidos de ese color, ante el asombro y la incredulidad de mis damas, que no lo consideraban apropiado para mi cargo.

Cuando les expliqué el motivo de mi elección, se quedaron aún más sorprendidas.

—La difunta reina siempre vestía de blanco y dorado —me aseguró Freyda, la más anciana—. Nunca la vi llevar ningún

otro color. Si esa costumbre existía, debió de ser hace mucho, en los tiempos antiguos.

—Tal vez se perdió cuando las fuentes se secaron. Por eso, ahora que han vuelto a manar, siento que mi deber es recuperar esa antigua tradición —expliqué—. Que mis ropas muestren el respeto que siento hacia las aguas sagradas... Eso es lo único que pretendo.

El incidente de los vestidos verde mar me hizo comprender un hecho muy curioso; y es que la mayoría de los decios, incluyendo a los que viven en la corte, saben muy poco acerca de su pasado. Con razón han cometido tantos errores en los últimos años. Si se hubiesen molestado en leer estos documentos, quizá se habrían dado cuenta antes del peligro que representaba para ellos ignorar a las fuentes sagradas y reprimir a los malditos.

Sin embargo, ese es un error que yo no pienso cometer.

Una de las ventajas de ser la reina es precisamente el acceso a todos los documentos del archivo que mi posición me brinda. Desde mi primera entrevista con Waldo, me mostré decidida a sacar el mejor partido de ese privilegio. Vi entonces un destello burlón en sus ojos, y me di cuenta de lo que significaba: Waldo creía que aquella obsesión con los viejos legajos del archivo no iba a ser más que un capricho pasajero. Desde el primer momento se puso a mi servicio y acató mis órdenes sin cuestionarlas, pero a medida que los días pasaban y mis exigencias iban aumentando, su desagrado se fue haciendo cada vez más evidente. Sin llegar a protestar, Waldo empezó a desatender algunas de mis peticiones, y cuando yo insistía, me contestaba con excusas vagas y absurdas.

Podría haberle castigado por su insubordinación y su falta de respeto, pero decidí no hacerlo. Si hay alguien a quien necesito a mi lado en esta corte, es a Waldo. Él es el único que me puede ayudar a interpretar el verdadero signi-

ficado de todos esos documentos sobre leyes y costumbres antiguas.

Por ese motivo, he soportado hasta hoy sus malos modos con toda la paciencia del mundo. Paciencia que él ha interpretado como debilidad, estoy segura.

Esta mañana, sin embargo, su actitud ha cambiado. Y creo que se debe a la importancia del hallazgo que hemos hecho. Él también estaba excitado con el descubrimiento, aunque al principio intentase mostrarse indiferente. Al fin y al cabo, Waldo es el bibliotecario de la corte, el responsable último de los archivos reales de Decia. Los viejos textos le apasionan... y, en esta ocasión, eso ha podido más que su desprecio hacia mí.

El documento estaba metido en un viejo códice sobre plantas medicinales, cosido junto con las otras páginas del manual. No obstante, bastaba una ojeada superficial para notar, por el color más amarillento del pergamino y el tono descolorido de la tinta, que se trataba de un documento más antiguo. Alguien lo había escondido a propósito entre las páginas del manual de botánica... ¿Por qué?

Si querían que el documento no se descubriese nunca, podrían haberlo destruido. Y no obstante, decidieron guardarlo. ¿Cuál podía ser la razón?

Tal vez el que lo ocultó pensaba que era un documento importante, pero también peligroso.

Bajo la atenta mirada de Waldo, que permanecía en pie un poco por detrás de mi escritorio, comencé a leer el contenido del antiguo pergamino.

No tardé mucho en darme cuenta de que se trataba de un antiguo decreto real. Tenía el sello de un tal Biord, un antepasado de Kadar y de Edan que reinó en Decia hace tres siglos.

Estaba escrito en un lenguaje arcaico, más parecido a la lengua de Hydra que al actual dialecto de los decios. La escri-

tura era lo bastante clara como para permitirme comprender sin ayuda la mayor parte de las frases.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando, en el primer párrafo, descubrí que se refería a los malditos.

Rápidamente recorrí con los ojos las restantes líneas del documento. Al darme cuenta de su importancia, regresé al principio y comencé a leerlo más despacio.

El texto decía así:

A todos los habitantes de Decia.

Han llegado a nuestros oídos penosas historias en relación con las persecuciones que en algunas aldeas están sufriendo los elegidos de las fuentes. Se me ha informado de que hordas de campesinos descontentos persiguen a estas pobres gentes porque las consideran malditas. Es esta una acusación injusta y cruel que atenta contra los principios fundamentales de nuestro pueblo.

Cuando la dama Ilenya, madre de las fuentes, otorgó el trono a mis antepasados, lo hizo a cambio de una promesa: que sus gentes vivirían entre nosotros sin sufrir daño alguno. Hace siglos que la sangre de aquellos hombres se mezcló con la nuestra, y sus descendientes son ahora tan decios como cualquiera de nosotros. Prometimos aceptarlos cuando aceptamos el regalo de las aguas sagradas, y no debemos olvidar dicha promesa.

Ahora que las fuentes han enfermado, todos nos preguntamos de quién es la culpa. Puesto que no lo sabemos, no debemos tomar decisiones precipitadas y castigar como si fueran culpables a aquellos que tal vez tengan el destino de las fuentes en sus manos. Es una injusticia y una insensatez. Y la Corona perseguirá con todo el rigor de su poder a quienes incumplan este decreto.

Yo, Biord de Decia, proclamo desde este día que los crímenes contra los elegidos de las aguas serán castigados como crímenes de Estado, y ordeno que todos los bienes confiscados a estas

gentes por las autoridades locales sin el conocimiento del rey les sean devueltos de inmediato. Establezco asimismo que un tribunal especial presidido por el rey y sus consejeros se encargue de juzgar los delitos de estas gentes, después de oír a los acusadores locales y a los abogados de la defensa, con el fin de garantizarles un juicio justo y conforme a las leyes de nuestro pueblo. Si algún tribunal menor ignora esta orden y se atreve a decidir en las denuncias contra los elegidos, que todo el peso de la justicia real caiga sobre los infractores.

Yo, Biord de Decia, con mi rúbrica y mi sello garantizo la entrada en vigor de este decreto.

En cuanto terminé de leer por segunda vez el viejo pergamino, me volví a mirar a Waldo.

—¿Conocíais la existencia de este documento? —le pregunté.

El bibliotecario echó una ojeada a las líneas de tinta descolorida por encima de mi hombro.

—No, no lo conocía —admitió después de un breve silencio.

—Necesito que me deis vuestra opinión. Por favor, leedlo tranquilamente. Como experto, ¿pensáis que este documento es auténtico?

Waldo ocupó mi lugar en el escritorio y se concentró en la lectura del pergamino. Tardó menos de un minuto en pronunciar su veredicto.

—Sí, es auténtico —dijo, mirándome con sus inteligentes ojos verdes.

Asombrada por la rapidez de su respuesta, le sostuve unos instantes la mirada. Nunca antes había reparado en la contradicción que encierran sus rasgos. Con su cabeza rasurada y su forma de encorvarse levemente al andar, Waldo me había parecido siempre un hombre viejo. Sin embargo, en aquella mi-

rada latía todo el vigor mental y físico de un hombre en la plenitud de sus fuerzas.

—No esperaba que me contestaseis eso —le dije—. No esperaba que estuvieseis dispuesto a admitir la validez de un documento que probablemente va contra vuestras opiniones acerca de los malditos.

—En efecto, así es. Va contra mis opiniones y contra mis deseos.

—Entonces, ¿por qué habéis contestado tan deprisa? ¿Por qué no habéis...?

—¿Mentido? —preguntó Waldo, terminando la pregunta por mí—. No acostumbro a mezclar la mentira en mi trabajo. Un archivero es un guardián de las verdades escritas... Preservar esas verdades, por incómodas que sean, es una de las obligaciones de mi cargo.

—Me alegro de que así sea —le aseguré con toda sinceridad—. Porque este documento va a cambiarlo todo, no sé si os dais cuenta. Si nadie lo ha derogado nunca, significa que sigue en vigor... y podré usarlo para detener las revueltas.

—Vos sois la reina —me contestó Waldo arqueando burlescamente las cejas—. No necesitáis ningún viejo decreto para hacer vuestra voluntad, podéis emitir los vuestros propios.

—Que serían recibidos con hostilidad por la mayor parte de la población. No, creedme, Waldo, esto es mucho mejor. Un antiguo decreto de la monarquía decía. Nadie se atreverá a cuestionarlo.

—Eso será si aceptan su autenticidad.

—La aceptarán. Vos les convenceréis para que lo hagan.

Waldo entrecerró levemente sus fríos ojos claros.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—Porque desde este instante os nombro consejero privado de la reina, y os ordeno que seáis vos quien hagáis pública la aparición de este pergamino. No mencionéis mi presencia en

la biblioteca para nada. A partir de este instante, todo queda en vuestras manos. ¿Me ayudaréis?

Waldo se encogió de hombros con un esbozo de sonrisa.

—¿Por qué no? —dijo—. Solo soy un humilde archivero. Y según tengo entendido, el puesto de consejero privado de la reina va acompañado de una abultada asignación económica. ¿Es así?

—Supongo —dije—. Entonces, ¿eso significa que aceptáis el cargo?

—Sí, lo acepto. Pero que conste que solo lo hago movido por mi infinito amor a la verdad.

